

**«CLARO ESPEJO
DONDE LA ILUSIÓN SE MIRA»**

Homenaje a
Pilar Celma Valero y Javier Blasco Pascual

Serie: Literatura, nº 108

Claro espejo donde la ilusión se mira : homenaje a Pilar Celma Valero y Javier Blasco Pascual / Celma Valero, María Pilar Blasco Pascual, Francisco J. / Gómez Trueba, Teresa ed. lit. / Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid, 2025

736 p. : il. col. ; 24 cm. (Literatura; 108)

ISBN 978-84-1320-348-5

1. Celma Valero, María Pilar. 2. Blasco Pascual, Francisco J. 3. Literatura española. 4. Discursos, ensayos, conferencias. I. Universidad de Valladolid. II. Serie

821.134.2(082)

TERESA GÓMEZ TRUEBA
PATRICIA MARÍN CEPEDA
MARÍA MARTÍNEZ DEYROS
CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ
CRISTINA RUIZ URBÓN
(Editoras)

«CLARO ESPEJO DONDE LA ILUSIÓN SE MIRA»

Homenaje a
Pilar Celma Valero y Javier Blasco Pascual



EDICIONES
Universidad
Valladolid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© LOS AUTORES. Valladolid, 2025

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

ISBN 978-84-1320-348-5

Diseño de cubierta: EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Motivo de cubierta: Vítores de Pilar Celma y Javier Blasco en el Palacio de Anaya, Universidad de Salamanca

Depósito Legal: VA 333-2025

Imprime: ULZAMA DIGITAL



Los profesores Pilar Celma y Javier Blasco. © *El Norte de Castilla*, 8 de julio de 2016.

EL TRABAJO GUSTOSO

A lo largo de más de cuarenta años, los catedráticos Pilar Celma Valero y Javier Blasco Pascual han entregado a la Universidad su tiempo, su dedicación y su cariño. Lo han hecho en forma de páginas brillantes, de congresos y encuentros, de proyectos siempre en la vanguardia del conocimiento de los estudios literarios, pero sobre todo en forma de discípulos y amigos que han aprendido junto a ellos, disfrutando de su hospitalidad y generosidad. Y lo han hecho siempre juntos, con una feliz conciencia de labor compartida: por eso no hubiese sido justo separar sus nombres al rendirles homenaje y darles las gracias.

Hasta el último momento de su carrera han conservado una ilusión ejemplar por su trabajo, tanto dentro como fuera de las aulas, contagiando a tantos que venían detrás de aquel «trabajo gustoso» y «bien hecho» del que en numerosas ocasiones hablara su admirado Juan Ramón Jiménez. Muchos de los actuales profesores del Departamento de Literatura española y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Valladolid, quienes hoy han querido editar este volumen, se iniciaron en la carrera académica bajo su dirección. Si por un lado ello pone de manifiesto la extraordinaria capacidad formativa de los hoy homenajeados, por otro, lo que todavía es más importante, demuestra su talento para fomentar y alentar el trabajo en equipo, sin duda uno de los pilares sobre los que ha de cimentarse siempre el saber universitario. Y en este sentido es justo reconocer lo mucho que el área de Literatura Española de la Universidad de Valladolid le debe al tesón de nuestros dos queridos profesores.

Pero no solo esta casa: otros muchos investigadores y docentes que actualmente ocupan puestos de relevancia en otras universidades españolas y extranjeras también comenzaron su carrera bajo su dirección y tutela. Tanto en nuestra Universidad como en otras instituciones los nombres de Pilar y de Javier son reconocidos como maestros

y compañeros entrañables. Las numerosas contribuciones que se publican en este volumen de homenaje dan cumplida cuenta de esa extendida admiración y gratitud.

Su ejemplo seguirá guiando a quienes creemos en una Universidad hecha de conocimiento, compromiso y amistad.

Antonio Largo Cabrerizo
Rector de la Universidad de Valladolid

PRESENTACIÓN

«como Titania y Oberón por la selva, atraviesan nuestra árida existencia nacional,
fabricando inverosimilitud»

(José Ortega y Gasset)

La extensión del volumen que ahora presentamos es reflejo del entusiasmo con el que tantos colegas, amigos y discípulos acogieron nuestra propuesta de homenajear a nuestros queridos Pilar Celma y Javier Blasco. A todos ellos les agradecemos su generosidad, apoyo y complicidad.

Este volumen quiere ser un pequeño homenaje a dos profesores que han dedicado con pasión su vida a la Universidad, que se han entregado con admirable entusiasmo a la formación de tantísimos discípulos y que, sobre todo, han sido para nosotras un ejemplo de cómo ha de trabajarse en equipo. Gracias por tantos años de amistad y fidelidad inquebrantable.

Teresa Gómez Trueba
Patricia Marín Cepeda
María Martínez Deyros
Carmen Morán Rodríguez
Cristina Ruiz Urbón

MUJER, ESPACIO Y CUERPO EN *LA MUELA* DE ROSARIO VILLAJOS

Carmen Morán Rodríguez

Universidad de Valladolid

carmen.moran@uva.es

Escribir sobre vosotros, Maripi, Javier, es recordar mi vida desde el otoño del 95, cuando os conocí a los dos. Desde entonces habéis estado conmigo, y habéis sido testigo (¡y causa, bien lo sabéis!) de las cosas mejores que me han pasado. De vosotros he aprendido todo lo académico y mucho de lo otro. Si no hubiese cursado aquellas clases de Géneros menores y marginales, y después de Comentario de textos contemporáneos contigo, Maripi, o si no me hubiese sumado a las tardes de martes en las que editábamos la obra de Juan Ramón, Javier, mi vida habría sido diferente, y hubiese sido peor. Maripi, sin ir más lejos, me enseñó a leer —quiero decir a leer de verdad, desmenuzando minuciosamente el texto para ver sus entrañas. Las páginas que siguen no pretenden demostraros que acertasteis al confiar en mí, solo entreteneros un poco. Ya sabéis que soy, en el mejor sentido de la palabra, mala, por eso he preferido guardarme las ideas mejores para, en el futuro, llevarlas a cabo en vuestra compañía.

1. LA AUTORA

Rosario Villajos nace en Córdoba, en 1978. Su obra literaria consta hasta ahora de cuatro títulos: la novela gráfica *Face* (Ponent Mon, 2017), *Ramona* (Mrs. Danvers 2019), *La muela* (Aristas Martínez, 2021) y *La educación física* (Seix Barral, 2023, Premio Biblioteca Breve). Participó también en el libro colectivo *Querida Theresa* (Comisura, 2022). Tiene además una web personal (<https://rosariovillajos.com/>) en la que anticipa o complementa su obra, con un carácter notoriamente intermedial.

En la solapa de la editorial Aristas Martínez para *La muela*, la escritora Marta Sanz califica la mirada de Villajos como «política y fisiológica». El breve análisis que a continuación voy a esbozar corrobora esta impresión: la autora expone en sus obras —aquí atenderé fundamentalmente a *La muela*— una política del espacio común, compartido, de las negociaciones públicas, y el espacio privado, íntimo, del cuerpo, no menos sujeto a negociación. En sus escritos, el desplazamiento, la migración y la inscripción del territorio del cuerpo en un espacio que es a la vez físico y político desempeñan una función crucial, y en todos ellos las protagonistas son, como el sujeto radicante de Bourriaud (2009), seres relacionales, precarios e inestables en lo estético y en lo político.

2. HABITANTE DE LAS PERIFERIAS

En *Ramona*, el espacio en el que se desarrollan los recuerdos que conforman la narración es la periferia de una ciudad española, la ciudad natal de la narradora. Únicamente aparece descrito su barrio, y en especial su «bloque»: «A veces parecía que mi barrio se reducía al bloque y a los dos metros de la acera exactos que lo rodeaban.» (2019: 39). Se trata, nos dirá la narradora, de un «barrio obrero. (Aunque no sé de dónde viene lo de «obrero» porque había mucha gente en él que no trabajaba).» (20). El carácter periférico de la zona queda claro en la afirmación «En realidad, nuestros bloques eran el comienzo de la ciudad» (170), aunque ese comienzo más bien es —por sus connotaciones negativas— un final. Pese a lo cual, ella era «una chica que desconocía que hubiera barrios que no fueran periféricos. Hasta entonces [se refiere a su relación con Alberto, un novio que estudia Derecho], yo pensaba que todos los barrios eran como el mío, que todos los bloques eran de siete plantas, que todos los padres eran como los que a mí me esperaban en casa.» (110). Al chico de Carabanchel que llega nuevo al instituto, le corregirá: «él no era de Madrid sino de la periferia, como todos nosotros, ¡oh, desterrados hijos de Eva!» (95).

Esta idea —la de una equivalencia espacial y social entre las periferias— se hace presente de nuevo en *La muela*, al describir el barrio en el que vive la protagonista, Rebeca, en Londres: «En ese barrio los edificios tienen menos de tres plantas, la mayoría de los locales son lavanderías, locutorios, casas de apuestas, bazares y tiendas de ropa usada. Este sitio me es familiar, —es decir— parece *Queens*, —es decir— parece *Alcobendas*, —es decir— parece el mismo barrio alejado del centro de cualquier capital del mundo.» (2021: 99).

3. COSMOPOLITA, SOSTENIBLE Y EXTENUADA

La protagonista y narradora de su primera obra, el cómic *Face*, es una joven perfectamente normal, como tantas de su generación, solo la diferencia del resto una pequeña peculiaridad: no tiene rostro. La fábula aborda la identidad y sus problemas en el contexto de la sobremodernidad (emigración a grandes urbes, relaciones amorosas establecidas por apps de contactos, tendencia a emular o asumir la identidad de la pareja, etcétera). Los nodos de comunicación que facilitan los desplazamientos por la urbe aparecen representados como escenarios, precisamente, de esa pérdida de la identidad, expresada metonímicamente en la falta de rostro, una ausencia literal que apunta a otra más profunda y compleja: la incapacidad para desarrollar plenamente la individualidad y también para reconocer al otro como sujeto, puesto que es precisamente el rostro el lugar en el que el reconocimiento y la empatía pueden tener lugar (Lévinas, 2006).

La muela es una novela intermedial en la que algunas partes del relato tienen la forma de una fotonovela creada a partir de imágenes procedentes de películas, resemanizadas ahora en clave humorística mediante los textos añadidos. La historia nos presenta a Rebeca, una joven diseñadora que vive y trabaja precariamente en Londres sin encontrar el tiempo ni el dinero que necesitaría para arreglarse el hueco que ha dejado en su dentadura una muela que han tenido que extraerle —la pieza dental, sin mayor trascendencia en la trama, constituye el *macguffin* que nos acompaña en la narración de las peripecias cotidianas de la protagonista, tratadas con ácido humor. Así pues, como ya hacía en *Face*, Villajos plasma en *La muela* una de las formas de viaje típicas desde los dosmil, la migración por motivos laborales, y específicamente la de jóvenes cualificados que debido a la crisis económica abandonan los países del sur de Europa para instalarse en países del norte, sobre todo en Inglaterra, y especialmente en Londres. La narración indaga en nuestra circunscripción a los no lugares, «espacios que no son en sí lugares antropológicos» (Augé, 2000: 83), más deshumanizados e inhóspitos cada vez, aunque aparentemente se ajusten a una estética suavizada, blanda, como corresponde a un mundo hiperdiseñado y estetizado (Lipovetsky, 2015). La gran ciudad se expresará mediante sus nodos comunicativos (escaleras mecánicas y tapices rodantes, estaciones de los grandes intercambiadores), síntoma evidente de que la ciudad ha perdido su dimensión humana y se ha rendido al utilitarismo y a la publicidad, como ya advirtieron los situacionistas (Debord, 1996: 18).

Esta pérdida de la medida del hombre recae sobre la fuerza de trabajo de los ciudadanos trabajadores. Como sabemos, en 1817 Robert Owen propuso, en defensa de una reducción de la jornada laboral, el reparto ideal del día en tres ochos: ocho horas para dormir, ocho para el ocio, y ocho para trabajar.

Este logro en materia de derechos laborales (un logro del siglo XIX) parece obsoleto hoy, cuando la jornada laboral se extiende a menudo más allá de las 8 horas,

bajo diversos disfraces: la autoexplotación entusiasta en los trabajos intelectuales o creativos, la sustitución del descanso y ocio por el *afterwork*, la invasiva extensión del trabajo desde casa o las políticas laborales que instan al trabajador a participar de una «cultura del esfuerzo» y «salir de la zona de confort», conduciendo al cansancio infinito del Prometeo autoexplotado (Han, 2022: 8).

El ideal de los tres ochos enunciado por Owen tenía como objetivo beneficiar tanto al trabajador como a la empresa, que de este modo tendría obreros sanos y descansados; sin embargo, nunca fue factible, porque las dieciséis horas no laborales que le quedan al día al trabajador deben dar cabida también a otras actividades necesarias que no son ni descanso ni ocio, tales como alimentarse o desplazarse. Esto último es especialmente problemático en las grandes ciudades. La protagonista de *La muela* debe realizar larguísimos desplazamientos desde sus sucesivos domicilios hasta sus puestos de trabajo. Si la ciudad era, en el ideal helénico, un espacio a la medida humana, hace tiempo que ha dejado de serlo, y manejarse en sus distancias ya no es posible para la medida de nuestros pasos —es decir, se ha producido un desfase entre el espacio del cuerpo y el espacio urbano, que no es un simplemente un entorno, sino un engranaje del aparato de producción, como diría Guy Debord. Entre el cuerpo humano y la máquina citadina no puede producirse una relación armónica, porque se ha producido una desnaturalización. La metáfora natural, de hecho, ya no es válida para la ciudad: las venas y arterias (vías públicas) se han convertido en conexiones (la metáfora adecuada es por tanto la de una máquina descomunal y compleja). Este desajuste hace necesarios toda clase de ingenios que salven el desfase mediante velocidades y distancias que rebasan a la capacidad humana (es sintomático, por cierto, que los nodos se llamen *intercambiadores*): buses, metros, coches y motos, que forman parte de la red económica que se superpone al plano de la ciudad. Ir del punto a al punto b, es decir, recorrer un espacio, no solo tiene una lógica equivalencia en tiempo, sino también en dinero: en *Ramona*, la narradora se salta el turno del metro sin pagar, y es multada por ello (2021: 167).

En *La muela*, Rebeca toma el metro y observa que todos los usuarios evitan uno de los vagones; ella, sin imaginar a qué se debe esa actitud, sube a ese vagón: lo que sucede es que dentro hay una persona (no se distingue bien su sexo) que ocupa dos asientos con sus pertenencias y su cuerpo hinchado y deformado impregnándolo todo de olor «totalmente insoportable» (2021: 174), que emana de su cuerpo y sus ropas, y especialmente de la carne gangrenada de sus piernas. Es la irrupción de lo de los tejidos humanos (*demasiado humanos*) en el tejido nodal de los intercomunicadores urbanos, hechos para los seres humanos, *ma non troppo*.

El coste del autobús para Rebeca no se mide únicamente en libras, sino también en horas de descanso perdidas:

Para ir al establecimiento de Oxford Street en el turno de mañana se tiene que levantar muy temprano. Tanto, que Rebeca cuenta como horas de sueño el rato que pasa durmiendo en el bus de la línea 10 durante el trayecto de ida. Una vez que se sube, pone

la alarma del móvil para que suene en treinta minutos, algo menos de lo que tarda el bus en llegar a su destino (123).

Tras perder el bus un día, Rebeca comienza a levantarse media hora antes (123), perdiendo así más sueño, motivo por el que se queda dormida durante el trayecto y llega al final de la parada, teniendo que caminar hasta su trabajo.

A los trabajadores como Rebeca, depauperados en dinero y sueño, les queda una opción, la menos industrial de las maquinarias: la bicicleta. Ya en *Ramona* la narradora dedicaba un capítulo a esta, destacando la importancia liberadora que había tenido en su vida: «Han pasado años desde la última vez que soñé con una bicicleta, sin embargo, tener dos ruedas con las que salir corriendo siempre ha marcado un antes y un después en mi vida.» (2019: 104). No está de más recordar las polémicas con las que se recibió el uso del velocípedo entre las mujeres: hasta bien entrado el siglo XX, con diversos argumentos médicos y morales, se desaconsejaba que las mujeres montasen en bicicleta, e incluso se las advertía contra la «cara de bicicleta» que se les ponía a las féminas que se desplazaban en este vehículo (Wheeler, Funk, Woods *et alii*, 1895: 548). Mujer y libertad de movimientos nunca ha sido una asociación grata a los imaginarios patriarcales (Molpeceres, 2015: 246).

La protagonista de *La muela* trabaja durante un tiempo en Comida Rápida, un nombre genérico que puede apuntar a cualquier cadena global. Para llegar a la hora debida se vale de la bicicleta, por ser esta más barata que el transporte público. Sin embargo, esto supone un desgaste físico que apenas puede permitirse, pues el almuerzo lo hace en el trabajo, a partir de sobras, y en consecuencia está débil. Además, pedalear por la gran ciudad, entre coches y autobuses, pone su vida en peligro. Se crea así una malévola combinación entre cuerpo/ciudad/comida/energía/tiempo/dinero:

Para cuando muere Amy Winehouse, Rebeca consigue el traslado a otro establecimiento de Comida Rápida que le pillará a tan solo media hora en bici. Esto la hace bastante más feliz que poder ver a su novio, sobre todo porque el camino a la antigua tienda era peligrosísimo, tanto como para poner un espejo retrovisor en el manillar. No solo llevaba casco, sino también un chaleco reflectante, un montón de luces y muchísimo cuidado. El cruce de la salida de High Park Corner con la entrada a Picadilly le daba pánico, a ella, que llevaba subida a una bicicleta desde los seis años e iba acompañada, como quien dice, de un gran número de ciclistas que había por las mañanas haciendo el mismo recorrido. Rebeca se pregunta si a ellos lo de ponerse en peligro de muerte a diario para trabajar les parecía normal. [...] cada ciclista ahorrraba con su esfuerzo ciento diecisiete libras al mes.

[...] Rebeca, especialmente enclenque por su estricta dieta basada en sándwiches, pedaleaba con todas sus fuerzas montada en una bicicleta *vintage* de quinta mano que le había costado sesenta libras. Luego tendría que arreglarla varias veces, con lo cual,

ahorraba bastante menos que el resto de ciclistas con sus bicis de carrera de última generación. [...]

El viaje de vuelta era incluso peor. A las tres de la tarde, cuando en invierno ya se había hecho de noche y Rebeca tenía los ojos cansados después de hacer doscientos cuarenta cafés por hora —cantidad estandarizada—, empezaban a temblarle las piernas de miedo al saber que en media hora estaría cogiendo la bici para hacer el camino de regreso a casa. A veces, muchas, llovía.

There were 4,274 reported accidents involving bicycles on London's roads between August 2010 and July 2011, with 12 resulting in the death of a cyclist, lee Rebeca en The Telegraph entreteniéndose cada dos palabras. Una noticia que implica que habrá cambios en la circulación. Son casi *good news* (2021: 126-127).

La bicicleta de Rebeca genera lo que podemos considerar, irónicamente, una plusvalía cinética que si bien no aumenta el capital de los patrones, desde luego merma la fuerza de trabajo que constituye el único capital de la obrera.

Cuando empieza a trabajar en una oficina la situación laboral de la protagonista mejora, pero no tanto como parecería, porque ahora ya no podrá alimentarse de las sobras, sino que tendrá que pagar de su bolsillo los almuerzos, aunque, dentro de una lógica propia del capitalismo hedonista (Lipovetsky, 2000: 50), la empresa cumple la medida saludable de proporcionar a sus trabajadores leche de soja y una pieza de fruta diaria, además de té y café, bebidas estimulantes que les despejen para poder rendir mejor:

[...] aprovechaba las sobras de Comida Rápida que tanto odiaba, pero que su bolsillo echaría de menos en cuanto comenzase a trabajar en la oficina, donde solo el café y el té eran gratis. También tendría derecho a beber cuanta leche de soja quisiera y a comerse una pieza de fruta al día. Siempre elegiría los plátanos, porque sería lo que más le llenase el estómago (94).

En esa oficina coincide con otra trabajadora que tiene un blog dedicado a los beneficios de «caminar por la ciudad», gracias a los cuales ella ha logrado adelgazar. El blog enlaza un artículo suyo publicado en una revista «donde se muestra un mapa de metro que indica las calorías que se pueden perder caminando de una estación a otra» (37), y la narración se interrumpe para incrustar una imagen de dicho mapa —más adelante, en la página 64, se inserta otra captura.

Estos mapas calóricos existen verdaderamente. ¿Cómo interpretarlos? En el capitalismo hedonista, los trabajadores pueden ganar poco dinero, pero aun así se les ofrece por cantidades muy bajas la gratificación de comida y bebidas basura (apetecibles y calóricas); sin embargo, la exigencia de mantenerse *healthy* y atractivo hace necesario gastar ese capital calórico, bien pagando un gimnasio (opción más cara en dinero, pero más barata en tiempo), bien mediante la opción de caminar (más

barata en dinero, pero más cara en tiempo). La hipocresía de este sistema queda puesta de relieve por una de las prolepsis de la narración:

Unos años después, la muchacha [se refiere a la compañera que tiene el blog] se mirará en el espejo y se sentirá aún más aliviada de no estar gorda cuando lea en el periódico que el gobierno planea implantar una medida (que en realidad ya se estaba ejecutando) para denegar las cirugías a personas obesas; ya que, al parecer, sus estilos de vida suponen un gasto excesivo —*let's cut it out*— en el NHS (National Health Service). Sin querer darse cuenta los miembros de ese mismo gobierno, de que son ellos quienes permiten que haya máquinas expendedoras de *snacks* por todas partes, así como calles enteras llenas de restaurantes de comida basura; especialmente en los barrios más empobrecidos, en los que la gente no puede acceder a otro tipo de sanidad que no sea la pública. De este modo, quedará expuesto quiénes son considerados por el gobierno como un gasto superfluo para la Seguridad Social; los pobres estorbando una vez más, con sus enormes traseros en el círculo vicioso de la sociedad (38-39).

En los últimos años hemos visto que ensayistas como Luis de la Cruz (*Contra el running. Correr hasta morir en la sociedad postindustrial*), Frédéric Gros (*Andar. Una filosofía*) o los representantes del movimiento *slow* como Carl Honoré han reivindicado el paso natural, el caminar, frente al *running*, entendiendo este como un síntoma de la apresurada sociedad postindustrial. Sin embargo, como aquí vemos, también el caminar es susceptible de convertirse en una actividad etiquetada y por tanto consumible, un producto transaccional en el que la moneda de cambio son las calorías.

La deshumanización del proceso queda clara cuando, hacia el final del libro, en el momento relativamente dramático en que la protagonista aguarda los resultados de unas pruebas médicas venéreas a las que se ha sometido, se cruza, andando, con su compañera:

Mientras recorre la extensa calle en dirección a Comida Rápida no puede creer a quién está a punto de cruzarse en la misma acera. [...] Es La Caminanta, a la que aún le queda más de una hora andando hasta llegar a la oficina. Sus miradas quedan interceptadas un segundo; se reconocen, pero ninguna se saluda. Rebeca ya está acostumbrada a que los ingleses no digan hola ni adiós fuera del lugar de trabajo (213).

Poco queda en este Londres de Rebeca para el ocio. Sin embargo, hay un interesante apunte: «Rebeca decide salir de casa, aunque eso suponga gastar dinero» (98). El deambular de la protagonista por la ciudad también se desmitifica, lejos ya la *flâneuse* que añadía al *flâneur* masculino un signo de rebeldía feminista: «Un día lo convence [a Billy] para salir a la calle y hacer algo como las parejas normales: tal vez comer en un restaurante, ir al cine, dejar de ser como un hámster en la rueda para

pasear por esa otra rueda que también es Hampstead Heath, cualquier cosa con tal de no seguir encamados» (169).

En cuanto a la experiencia del viaje en sí (sus desplazamientos entre Londres y Barcelona, reducidos al mínimo por razones de dinero), la única huella que dejan, significativamente, es la captura de pantalla que Rebeca envía a su hermana y que se reproduce gráficamente en la página. Como sucede también en los libros de viajes del nuevo siglo y ha visto Sheila Pastor, el desplazamiento se descarga de trascendencia; de hecho, el viaje en sí apenas deja huella y los grandes acontecimientos o descubrimientos desaparecen a favor de la anécdota (Pastor, 2023: 12, 14). El «aura del viaje» (Pastor, 2023: 19) ha desaparecido definitivamente, y con ella la pose de viajero. La protagonista de *La muela* es, por ejemplo, prejuiciosa y palurda, pero además la experiencia de vivir en Londres no supone para ella ningún tipo de aprendizaje, porque bastante tiene con sobrevivir en trabajos precarios, alojamientos penosos y relaciones personales empobrecidas y degradantes. En efecto, Pastor tiene razón al señalar que «va desapareciendo cualquier mención del trayecto, así como la descripción o la narración de grandes acontecimientos» (2023: 14), aunque sí deja una huella en forma visual, no estrictamente escritural, en la página impresa (cfr. Pastor 2023: 18). El viaje ha quedado reducido al pantallazo de una compra de billetes online, en un formato gráfico bien reconocible, por estandarizado.

4. OKUPACIÓN AMOROSA DE LA CIUDAD

La muela muestra el difuminado de la línea que separa la clase trabajadora y la marginalidad radical de los excluidos, los mendigos, los excrementos del cuerpo social, algo que se pone de manifiesto cuando Rebeca inicia una relación sentimental con un indigente:

Billy vivía literalmente bajo un paso de peatones del Regent's Canal, o lo que es lo mismo, bajo un puente. A veces, cuando hacía frío, fraguaba su morada debajo de las escaleras o en los soportales del centro comercial a medio construir que había junto a Saint Martins [...] De todas formas —se justificó ante Rebeca—, lo de los cartones, los sacos de dormir y los plásticos para afrontar una más que posible lluvia son algo temporal (142).

Sin embargo, la diferencia entre Billy y Rebeca no es tanta. Ella vive en un sucio y minúsculo piso lleno de ratones compartido con otras dos chicas (para ser admitida ha tenido que superar degradantes entrevistas mostrándose dinámica y positiva, y mintiendo sobre su edad, como hace el resto de inquilinos, ya que compartir piso más allá de los treinta es visto como un fracaso). Billy, en cambio, siempre que selle regularmente un formulario, tiene acceso a una vivienda social que, de hecho, es mejor que la de Rebeca:

Aquella semana tenía que haber ido al Job Centre a sellar su inutilidad para encontrar trabajo, pero al olvidarlo por tercera vez consecutiva, la sanción aplicada consistió en retirarle el Housing Benefit —*lo que debería ser un inherent right*— del uso de una de esas viviendas que el Estado proporciona para dejar vivir —o morir— a la gente que no aspira a nada en esta vida. El programa de integración social se basa en desintegrarlos de la vista de los demás, para lo cual no hace falta salirse de la Zona 2 de Londres. A pesar de todo, si el siguiente miércoles aparecía a primera hora de la mañana por el Job Centre, tendría un piso de vuelta en menos de una semana: un techo *gratis* un poco mejor que el de Rebeca. Era la segunda vez en un año que se quedaba en la calle, y en cierto modo, estaba acostumbrado a moverse con lo mínimo. Aparte de los sacos, solo llevaba una mochila enorme donde cabían una toalla minúscula, un pantalón, un jersey, dos camisetas, un abrigo impermeable, un par de libros que nunca llegará a leer: *Guns, Germs and Steel*, y otro sobre la Navaja de Ockham; y una última pertenencia, la más cara, un *smartphone* de los de contrato que sus padres, quién si no, continuaban pagando religiosamente para poder localizarlo de vez en cuando desde América, donde vivían desde hacía muchos años preguntándose qué más podrían hacer por su hijo, un hombre de treinta y siete años totalmente acabado (142-143).

Billy es un representante insólito del *radicante* de Bourriaud, todo un sujeto relacional producto de la multiculturalidad y la globalización, pero en un registro infimo. Es hijo de una familia india británica que vive en Estados Unidos con prosperidad gracias al petróleo, pero él vive prácticamente en la indigencia. Pese a ello, posee —gracias a sus padres— un teléfono móvil que le mantiene conectado (incluso a la red Tinder, en la que aparece como una versión muy mejorada de sí mismo). Sus tíos procuran que no vaya al restaurante que regentan porque espanta a la clientela. Que tenga en la mesilla de noche (pero no lea) el ensayo del biogeógrafo Jared Diamond *Guns, Germs and Steel*, donde se abordan los factores biogeográficos de las civilizaciones humanas, explicando mediante factores ambientales la hegemonía euroasiática, solo podemos entenderlo como una fina ironía. Cuando se le olvida sellar su cartilla, Billy se ve obligado a dejar sus pertenencias en casa de un amigo e instalarse con un edredón en un paso peatonal cubierto. Ahí es donde conocerá a Rebeca, con quien se ha citado por Tinder, pero a la que no se atreve a abordar directamente. Solo cuando ella rompe a llorar desconsoladamente se acerca para consolarla, sin revelar que él era su *match*, y ambos terminan manteniendo relaciones sexuales bajo el edredón:

No la habían follado así en la vida; ni con tanta ternura, ni con tanta fuerza; tampoco había sentido tanto miedo y placer al mismo tiempo. Solo se separó de su cuerpo para mandar un mensaje al trabajo diciendo que estaba enferma. Ciertamente, lo estaba. Repitieron varias veces la misma acción durante los tres días en los que se quedó a vivir entre su basura. Apenas comían, salvo un par de sándwiches del Waitrose más cercano que ella se acercó a comprar enfundada en el cobertor de plumas blancas que

Billy usaba para forrar aquel colchón asqueroso. No les hacía falta más porque cuando tenían hambre follaban, cuando tenían sueño follaban, cuando estaban hastiados de la vida follaban y cuando tenían ganas de follar, guess what, hacían lo mismo. En aquellos días, a Rebeca no le importaba que la gente pasara y los viera, que los turistas les hicieran fotos, o que algún caballero inglés les echara la bronca por andar semidesnudos tan cerca de un lugar donde siempre había niños. Ante las miradas curiosas, ella caminó más altiva que nunca, y no es que el edredón estuviera precisamente limpio, pero en contraste con la materia gris de la ciudad, Rebeca parecía una diosa nórdica que, protegida por ese blanco sucio que cubría sus vergüenzas, se sentía muy por encima de los juicios ajenos (146-147).

El pasaje arriba citado es uno de los momentos más antisistema de la narración. La ciudad se ha hecho hostil, no solo, como veíamos, a causa de las grandes distancias y los nodos de comunicación, sino debido a las políticas gentrificadoras, la arquitectura urbanística *anti-homeless* (Sesquera, 2018) y la creciente privatización del espacio público, que se puede ocupar para actividades económicas como terrazas, mercadillos navideños o visitas turísticas, pero no para acciones gratuitas. Lo que Rebeca lleva aquí a cabo es toda una ocupación (o más bien *okupación*) del espacio público, revolucionaria por cuanto se trata de una actividad no capitalizable. Ya en 1955, en un célebre ensayo titulado *Eros y civilización*, el filósofo Herbert Marcuse había advertido que la sociedad capitalista (en su caso, posfordiana), consciente del potencial radicalmente subversivo del eros, procuraba reducirlo a lo genital reproductivo, animando a los trabajadores a tener futuros trabajadores que además fuesen consumidores acríticos, seres *unidimensionales* dentro de un sistema pseudodemocrático (Marcuse, 2016). La ciudad, en principio espacio comunitario a la medida del ser humano, es un escenario en el que se advierte el dominio de la rentabilización económica sobre el eros; el famoso poema de Ángel González «Inventario de lugares propicios al amor» muestra claramente cómo la moral castiga el eros por su capacidad genuinamente humanística —la condena moral es la traducción de una estructura económica subyacente: el amor debe pagar el alquiler de habitaciones, pisitos o apartamentos más o menos discretos (o siquiera un coche), es decir, plegarse al sistema.

En realidad, precisamente por las fechas en que Marcuse publica su libro, lo genital y lo reproductivo a su vez se están disociando: la píldora anticonceptiva se inventa en 1947, y desde los 50 —muy especialmente a partir de los 60— se agudiza la conciencia de superpoblación mundial y de la necesidad de un control de la natalidad, a la vez que la vida cotidiana del sistema capitalista desarrolla un consumo cada vez más separado de la necesidad y más volcado en el disfrute hedonista. Eso no invalida la tesis de Marcuse, simplemente la matiza: el eros se reduce a lo genital pero ahora se desliga *también* de lo reproductivo. De lo que no se desliga es de la rentabilización económica. En el régimen farmacopornológico (Preciado, 2010) el sexo se convierte en una actividad de ocio —inscrita como todas ellas en el capitalismo de consumo que nos vende juguetes sexuales, geles, o pornografía

mediante una retórica hedonista de lo *friendly* y lo *healthy* (precisamente, en uno de los primeros capítulos del libro Rebeca acepta realizar una prueba para trabajar retocando con Photoshop imágenes pornográficas, pero, en la lógica perfecta de explotación del subtrabajador, no la contratan: la empresa obtiene sus imágenes de las pruebas no remuneradas que llevan a cabo los candidatos al puesto).

5. TU CUERPO ES UN CAMPO DE BATALLA

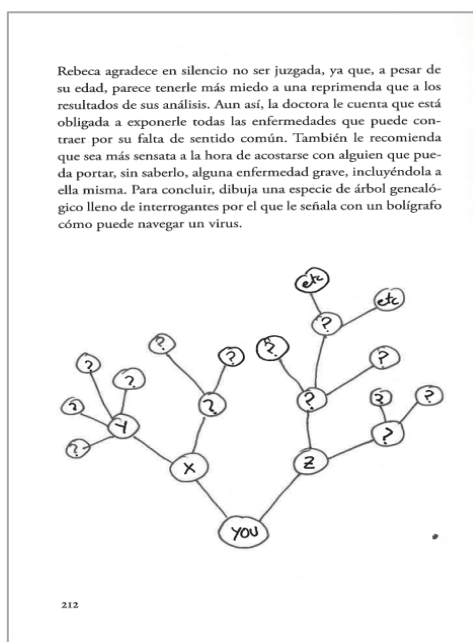
«Your body is a battleground», afirma la artista estadounidense Barbara Kruger en un célebre cartel creado en 1989, y en las últimas décadas el discurso crítico (desde el feminismo, los *body studies* o la ecocrítica) ha afianzado, bajo diversas formulaciones, la idea del cuerpo, especialmente el femenino, como territorio.

La conciencia de la corporalidad atraviesa toda la obra de Rosario Villajos, desde los títulos (*La muela*, *Face*, *La educación física*), al desarrollo argumental de las obras. En ninguno de los tres libros faltan las alusiones escatológicas, que aún hoy la literatura frecuentemente soslaya al caracterizar a personajes de sexo femenino. Tampoco las conductas autolíticas: en *Ramona* la narradora se arranca los padrastrós y se muerde la parte interna de los carrillos (2019: 18), en *La muela* Rebeca se muerde las uñas, y en *La educación física* el cuerpo femenino como territorio en lucha se convierte en eje temático fundamental. El propio texto de la faja promocional reza «las mayores batallas de una mujer se libran en su propio cuerpo» (y tiene su gracia hablar de la faja de este libro cuya portada muestra precisamente una faja, prenda que tiene cierta relevancia en la caracterización de la protagonista). La novela, narrada en tercera persona, focaliza el punto de vista en la adolescente Catalina., mostrando el flujo de su conciencia en el tiempo durante el que hace autoestop para volver a su casa. Catalina piensa en los conflictos físicos que vive por su naturaleza femenina: la falta de una educación sexual apropiada, el tabú de la menstruación, los abusos físicos a los que la someten compañeros, profesores o el padre de una amiga, el terror social causado por los asesinatos de niñas, etc. En la situación de ansiedad en la que está atrapada, y en otras parecidas que recuerda, la protagonista se arranca los padrastrós de los dedos y los pelos de las cejas, o se chupa las puntas del pelo.

En *La muela*, mientras Rebeca sobrevive en Londres, una noche la pieza dental que da título al libro se rompe y debe ser extraída. Ello le ocasionará a la protagonista un aliento fétido, primero, y un antiestético hueco, después. Realmente, la pieza dental no desempeña un papel relevante en la trama, pero acompaña al desarrollo de esta como un *macguffin* del que no es difícil hacer una lectura simbólica. Por una parte, la salud bucodental funciona hoy día como un índice de integración social (no es raro, pues, que Billy tenga una dentadura muy deficiente). Por otra parte, ya para Freud (1991: 362, 1975: 143) los dientes simbolizaban, en nuestro inconsciente, la castración como castigo al onanismo, y aquí pueden ser vistos como encarnación de una castración social, un auténtico *malestar en la cultura* (Freud, 1986) donde la

tensión entre las pulsiones de los sujetos y las restricciones de un sistema aparentemente hedonista y benévolo se encuentra descompensada, lo que se manifiesta a través de una pieza minúscula y putrefacta que está *dentro* del cuerpo, emanando su corrupción hacia *fuera*.

No es el único mal físico que amenaza a Rebeca. Hacia el final de la novela, la protagonista de *La muela* acude a una clínica gratuita de detección de ETS. Este servicio de la sanidad pública inglesa incluye una charla sobre la dinámica exponencial de los contagios de estas enfermedades; las explicaciones de la especialista incluyen un mapa que refleja esa dinámica exponencial.



En esta representación topográfica del contagio las personas vienen a ser meros nodos entre una serie de haces transitados por virus y bacterias. El sujeto radicante y relacional de Bourriaud quizá nunca haya sido expresado con tanta crudeza o —valga la expresión— *virulencia* como en esta imagen.

Como espero haber apuntado en estas páginas, en fin, *La muela* presenta, bajo la forma de una narración vivaz y divertida, el mal que aqueja nuestras sociedades contemporáneas y la manera en que el organismo de la ciudad y el organismo de los ciudadanos —de las ciudadanas— lo somatizan.

Me he pasado media vida soñando que se me rompían los dientes (alguna inseguridad tendré por ahí), hace ya tiempo que no me ocurre. No he tenido que sobrevivir en Londres, aunque una vez tuve que hacerme una serología de la sífilis para arreglar los papeles sanitarios de la beca con la que fui a Nueva York. Y no tengo ni idea de si soy un sujeto radicante, un individuo unidimensional, o en qué medida vivo sometida a un régimen farmacopornológico. Lo que sí sé, sin asomo de duda, es que en la topografía de mi vida Pilar Celma y Javier Blasco han sido nodos imprescindibles. Y siempre lo serán.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Margarita Mizraji (trad.). Barcelona: Gedisa.
- Bourriaud, Nicolás (2009). *Radicante*. Michèle Guillemont (trad.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Freud, Sigmund (1975 [1915-16]). *Conferencias de introducción al psicoanálisis. Obras completas XV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1986 [1927-1931]). *El malestar en la cultura y otras obras. Obras completas XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1991 [1900-1901]). *La interpretación de los sueños. Obras completas IV, V*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, Byung-Chul (2022). *La sociedad del cansancio*. Arantzazu Saratzaga Arregi y Alberto Ciria (trads.). Barcelona: Herder.
- Debord, Guy (1996). «Introducción a una crítica de la geografía urbana». En Ivain, Gilles; Debord, Guy; Asger, Jorn *et alii*. *Teoría de la deriva y otros textos situacionistas sobre la ciudad*. Barcelona: MACBA, pp. 18-21.
- Lévinas, Emmanuel (2006). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Miguel García-Baró (trad.). Salamanca: Sígueme.
- Lipovetsky, Gilles (2000). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Joan Vinyoli y Michèle Pendanx (trads.). Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles; Serroy, Jean (2015). *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Antonio-Prometeo Moya Valle (trad.). Barcelona: Anagrama.
- Marcuse, Herbert (1984 [1955]). *Eros y civilización*. Juan García Ponce (trad.). Barcelona: Ariel.
- Marcuse, Herbert (2016 [1964]). *El hombre unidimensional*. Antonio Elorza (trad.). Barcelona: Planeta de libros.

- Molpeceres Arnáiz, Sara (2015). «De estatuas, cadáveres y autómatas: el mito de la mujer artificial en Pilar Pedraza». *Studi Ispanici*, XL, pp. 237-251.
- Pastor, Sheila (2023). *No esperes de mí los mapas. Las derivas del viaje en la literatura hispánica del siglo XXI*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Preciado, Beatriz (2010). *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.
- Sesquera, Jorge (2018). «Una guía de la arquitectura contra los pobres en España». *El País* 17/9/2018. Disponible en: https://elpais.com/sociedad/2018/09/05/actualidad/1536157307_408801.html
- Villajos, Ramona (2017). *Face*.
- Villajos, Ramona (2019). *Ramona*.
- Villajos, Ramona (2021). *La muela*. Badajoz: Aristas Martínez.
- Villajos, Ramona (2023). *La educación física*. Barcelona: Seix Barral.
- Wheeler, Edward J., Funk, Isaac K., Woods, William S. et alii (eds.) (1895). «The Bicycle Face», *The Literary Digest*, 11, pp. 548-549.

ÍNDICE

Presentación	11
Rafael Alarcón Sierra: «Patio de luces (gregues selectas)»	13
Celso Almuiña: «Don San Diego Matamoros. Patrón de las Españas»	17
Alfredo Alvar: «¿Dónde están los huesos, matarile, rile, ro?»	31
Palmar Álvarez-Blanco: «A la contra»	35
Eva Álvarez Ramos y Belén Mateos Blanco: «TIC y práctica docente en ELE»	41
José Antonio Bartol: «Homenaje a Javier Blasco y Pilar Celma»	53
Robert Blake: «1984, un mundo feliz y ChatGTP: Reflexiones desde la disciplina de E/L2»	55
Túa Blesa: «Ignacio Prat: sus inicios juanramonianos»	69
Rafael Bonilla Cerezo: «Cuando todo es <i>figura</i> en el prólogo de las <i>Novelas ejemplares</i> »	79
Julio Borrego Nieto: «¿Qué sabrá la IA?»	107
María Teresa Cacho: «La folía de España»	111
José Luis Calvo Carilla: «Los prosistas de la noche»	137
Ana Calvo Revilla: «El hechizo de las ideologías: <i>Volver al mundo</i> de J. Á. González Sainz»	151
Antonio Carvajal: «Soplen quedos los aires»	165

Amelina Correa Ramón: «“Donde habite el olvido”: la escritora y maestra Marina Murillo Puerta (Dúrcal, Granada, 1880-Bailén, Jaén, 1918)»	175
Luis Pascual Cordero Sánchez: «Nuevas formas de narrar la historia en la novela española del cambio de siglo»	183
Pedro Luis Díaz Pedrero: «Las gotas del agua»	197
Francisco Díaz de Castro: «José Manuel Caballero Bonald. <i>La noche no tiene paredes</i> »	203
Paloma Díaz-Mas: «El primer <i>Quijote</i> »	223
J. Ignacio Díez: «El exilio como peregrinaje en Espronceda y Cernuda»	227
Francisco Javier Díez de Revenga: «Jorge Guillén y “Salvación de la primavera”: una lírica amorosa desde la distancia y la ausencia»	241
Aurora Egido: «Periando y las fiestas barcelonesas de 1601 por San Raimundo de Peñafort»	253
José Manuel Fradejas Rueda: «Lematizar o no lematizar: las <i>Siete Partidas</i> desde el <i>topic modeling</i> »	259
Alejandro García-Reidy: «Versos eróticos en un código áureo»	293
Gaspar Garrote Bernal: «El <i>retrato</i> de una <i>andaluza</i> : Delicado y la poética sexual sutil»	305
Luis Gómez Canseco: «Sexo y asexualidad en la <i>Vida</i> de Torres Villarroel»	317
Teresa Gómez Trueba: «Derivas psicogeográficas o mujeres a la deriva en la última novela española»	329
Germán Gullón: «Serpentinas literarias»	343
Carlos Gutiérrez: «Perfiles y semblanzas: la filología de las semillas»	353
Mauricio Herrero Jiménez y Juan Herrero Diéguez: «“E procurado que entren a la parte de tus sentidos”. Versos de <i>Night-Thoughts</i> de Edward Young en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid»	355
Juan José Lanz: «Un precedente olvidado de Nueve novísimos: “Seis jóvenes poetas españoles” (1968)»	365
Miguel Liu: «Selección de antiguos microrrelatos chinos»	385

Abraham Madroñal: «Entremeses intercalados en el <i>Quijote</i> y otras obras cervantinas»	391
Patricia Marín Cepeda: «¿Sueña don Quijote con ovejas eléctricas? Cervantes en el siglo XXI»	405
María Martínez Deyros: «Representación de la distopía en la narrativa de Rosa Arciniega»	423
Fernando Menéndez: « <i>Waka</i> a Pilar Celma y Javier Blasco»	431
Emilio de Miguel Martínez: «Al teatro sin entrada»	433
Rafael Morales Barba: «Con nombre de mujer. Última hora de la poesía española. Notas sobre las poéticas del 2020: Berta García Faet, Rosa Berbel y Celia Carrasco Gil»	445
Carmen Morán Rodríguez: «Mujer, espacio y cuerpo en <i>La muela</i> de Rosario Villajos»	455
Nuria Morgado: «Pespuntos sobre la poética de la otredad en la obra de Antonio Machado»	469
Rosa Navarro Durán: «Semillas del <i>Guzmán de Alfarache</i> »	478
Almudena del Olmo Iturriarte: «Juan Ramón Jiménez poeta erótico, con Ángel González»	489
María del Rocío Oviedo Pérez de Tudela: «El magisterio de Sor Juana y la “Querella de las mujeres”. La didáctica en los ejercicios de la encarnación»	507
M. ^a Pilar Panero García: «En los márgenes de la fiesta. Discursos alternativos en <i>Pasos en la piedra</i> de José Manuel de la Hueraga»	523
Jesús Félix Pascual Molina: «Versos y epitafios para las reinas María Tudor y María de Hungría en sus exequias vallisoletanas de 1559, por Juan Cristóbal Calvete de Estrella»	533
Manuel María Pérez López: «Salud, salud os digo; abierta mano»	545
Paolo Pintacuda: «Los sones de una extraviada pandereta manuelmachadiana»	547
José Romera Castillo: «Cercanía personal de Francisco Brines a Luis Cernuda»	555
Fanny Rubio: «Aglófona»	575

Pilar Rubio Montaner: «Dos lugares compartidos»	577
Pedro Ruiz Pérez: «Presencia icónica de Cervantes en <i>El artista</i> . Sobre prensa periódica y construcción del canon»	579
Cristina Ruiz Urbón: «Literatura, autoría e inteligencia artificial: ¿se puede clonar el idiolecto de Cervantes?»	593
Pilar Salamanca: «Gracias»	615
Javier San José Lera: «Don diablo se ha escapado». <i>El Quijote</i> , narración diabólica»	617
César Sanz: «Javier, un hombre que escribe —con una (c)oda a Maripí—»	637
Juan Sendino: «Urbanidad»	639
Francisco Silvera: «Carta agradecida a Pilar Celma & Javier Blasco»	641
Andrés Soria Olmedo: «En sus cuartos y sus casas: Moreno Villa y los otros»	645
Adolfo Sotelo Vázquez: «La vida cultural de Barcelona (1948-1950) en los cuadernos autobiográficos de Antonio Vilanova»	659
Marisa Sotelo Vázquez: « <i>Viejas historias de Castilla la Vieja</i> de Miguel Delibes: el pueblo en la cara y Castilla en el alma»	667
Jorge Urrutia: «En el Umbral de Francisco Umbral, <i>Días sin escuela</i> »	675
Juan Varo Zafra: «La más rara invención: una nota (más) sobre el capítulo 72 de la segunda parte del Quijote»	681
Germán Vega García-Luengos: «Para la restitución a Tirso de Molina de <i>Los terceros de San Francisco</i> , comedia atribuida a Lope de Vega y Pérez de Montalbán»	695
Alice Velázquez-Bellot: « <i>Pax hominibus bonae voluntatis</i> »	717
Ruben Venzon: «Influencias italianas en la novelística de Carmen Martín Gaité: Italo Svevo y Natalia Ginzburg»	725
Índice	733
<i>Tabula gratulatoria</i>	737

TABULA GRATULATORIA

Pilar Alonso Palomar

Natalia Álvarez Méndez

Guadalupe Arbona

Emilio Blanco

Elisa Calvo Olivar

Ronald Campos López

Gabriel Candau

Violeta Cárdenas

Valentín Cardenoso Payo

María Jesús Díez Garretas

David Escudero Mancebo

Resti Gago Alonso

Félix García de Juan

Víctor García de la Concha

María Jesús García Garrosa

Alexandre García Macovio

Guillermo González Pascual

Rodrigo Guijarro Lasheras

Carlos León Lique

Begoña López Bueno

José Carlos Mainer

Carlos Martín Aires

Sara Molpeceres Arnáiz

José Montero Reguera

Francisca Noguerol Jiménez

Sara Núñez de la Fuente

Elena Pallarés

Antonio Piedra

Mercedes del Pozo

Soledad Rosado Herrero

Anselmo Rosales Montero

Alfredo Saldaña

Pedro Sánchez Alejo

Zoraida Sánchez Mateos

Antonio Sánchez Trigueros

Beatriz Sanz Alonso

Marta Valsero